

LIBRO PRIMERO: WALKER



Al comenzar la biografía de mi héroe, Alexey Fyodorovich Karamazov ... una cosa es segura: este hombre es raro, podría decir excéntrico ... Yo sostengo que personas como él a veces llevan dentro la esencia pura de lo universal.

Fedor Dostoievski.
Los hermanos Karamazou.

1. Billy

A WILLIAM WALKER sus amigos de la niñez lo llamaban “Billy”.

Billy nació en Nashville, Tennessee el 8 de mayo de 1824, primogénito de Mr. James Walker, escocés que emigró a los Estados Unidos en 1820, y de su esposa Mary Norvell, de ascendencia también escocesa. Su padre fue persona prominente en la comunidad, fundador y presidente de la Compañía de Seguros de Nashville. Su madre era mujer inteligente y culta, pero enferma: padecía de tuberculosis, lo que la mantenía en reposo en cama por largos períodos de tiempo.

Billy era delgadito y bajo, rubio y pecoso, quieto, cariñoso y afeminado: “parecía una niña ... igualito a su mamá”. Siempre fue serio y taciturno, de voz suave y triste que conmovía al caer sobre el oído. Además, era estudioso, el mejor alumno, y en cuanto salía de la escuela corría a estarse con su mamá. Pasó la niñez junto a su lecho de enferma todo el tiempo que pudo, leyéndole en voz alta durante largas horas a su lado. Su materia favorita era la historia y su héroe, Napoleón. Los amiguitos se burlaban de él, llamándolo “pollilla-roe-libros”, “marica” y otros apodos similares.

Su inteligencia precoz y la dedicación a los estudios bajo la constante tutela de su madre hicieron de Billy un alumno modelo. Ingresó en la Universidad de Nashville a los 13 años de edad, con condiscípulos todos mayores de 15. En su adolescencia, dos profesores ejercieron influencia especial sobre él: el doctor Philip Lindsley, ministro presbiteriano y presidente de la universidad, y el doctor holandés Gerard Troost, graduado en Amsterdam y Leyden. Algunos creyeron que Billy seguiría los pasos del doctor Lindsley, pues su pasatiempo predilecto era leer la Biblia, pero luego decidió estudiar medicina en vez de teología.

Recibió el título de médico y cirujano en la Universidad de Pensilvania en Filadelfia el 31 de marzo de 1843, antes de cumplir diecinueve años de edad, y enseguida zarpó a El Havre para perfeccionar sus conocimientos en los mejores centros de Francia y del mundo. Se inicia en la Sorbona. En la primera carta desde París a su amigo íntimo John Berrien Lindsley, hijo del doctor, le comunica su sorpresa ante el relajamiento moral que encuentra: “Vivo en el Barrio Latino ... aquí todos los estudiantes son del mismo tipo ... derrochan el dinero en las cantinas y el teatro. Casi todos tienen queridas y nadie lo considera malo”.

La capital francesa, con un millón de habitantes en 1843, brin-

daba abundantes estímulos para despertar los anhelos reprimidos del joven puritano de Nashville, quien bajo el pretexto de “estudiar a los estudiantes”, visitó con los “calaveras” del Barrio Latino las cantinas y los teatros que frecuentaban. La experiencia le dejó recuerdos muy desagradables, los que dejó entrever años más tarde cuando llamó a París “la más burlesca y a la vez la más asquerosa ciudad de la cristiandad.” Y añade: “Bajo la apariencia de elegancia y refinamiento, en el mundo parisiense acechan cantidades de gustos depravados y vulgaridad sensual que asfixian las aspiraciones del Arte noble y degradan a hombres que podrían haberse remontado más allá de las deprimentes influencias del mundo en que viven”.

De hecho en ese París se asfixiaron las aspiraciones del Arte noble de Billy cuando de pronto abandonó para siempre la medicina a los pocos meses de su arribo en Europa. En las siguientes cartas a John desde Francia, Inglaterra e Italia, nunca volvió a mencionar los estudios que antes lo entusiasmaban tanto, y sus alusiones mordaces burlándose de los médicos señalan que él ya no se consideraba miembro del gremio.

Mas guardó silencio sobre esta decisión de abandonar la medicina y las circunstancias que la motivaron; apenas alude a ello de modo indirecto en una confesión clave y un contexto crucial: “...cuando niño y de muchacho me había decidido por una carrera política; a veces he creído que los últimos vestigios de esa idea habían desaparecido, pero a menudo regresan, cuando sueño despierto, dejándome en duda de si se trata de un ángel de luz o de un ángel de las tinieblas”. Este ser, condenado a un destino funesto, emprenderá, conforme él mismo lo manifiesta durante esa duda ominosa que presagia ya la crisis fatídica, el vuelo del “ángel de las tinieblas” creyéndose y sintiéndose “ángel de luz” y dejándonos un enigma por interpretar.

El silencio de Billy es el intérprete mudo de lo que le sucedió en París y sugiere que fue algo vergozoso y humillante para él, algo que no se atreve a contarle a John, aunque sus conflictos internos y su melancolía saltan a la vista por la aguda necesidad que sentía de compartir sus problemas íntimos con su amigo:

Ningún placer iguala al de vaciar el corazón en el de un amigo que sepa escuchar y compadecerse y aconsejar. ¡Qué bueno será, John, cuando nuestros labios “tocados del fuego celestial” puedan decir lo que las palabras de esta tierra jamás podrán comunicar!...

Mientras más pienso en el “yo interno”, más me convenzo del interés que habría en una historia completa de todas las revoluciones de sentimiento y principios que ocurren en la mente de

un solo ser humano. Cuando miramos dentro y vemos los movimientos del corazón, ¡cuán extraños nos parecen! ¡Qué influencia tan grande puede ejercer la más pequeña circunstancia en todo nuestro ser! La lectura de una sola frase, —qué va, el oír una sola palabra puede cambiar el curso entero de una vida.

La pregunta surge de inmediato: ¿cuál fue la palabra que cambió la vida de Billy? ¿quién se la dijo? La respuesta la dio él mismo, pero escondida en el doble significado de un poema sobre la crucifixión que escribió en Londres en su veintiavo cumpleaños y le envió a John, enfatizando que contenía un significado recóndito. Analizando el poema, resulta evidente que Billy lo escribió con uno de Byron en su mente: “La novia de Abidos”, la historia de un incesto.

Estos fragmentos de información nos permiten elaborar una hipótesis congruente. Tenemos a Billy en 1843, de diecinueve años de edad, echándose tragos y trasnochando con los calaveras de la Sorbona en una cantina de París. Bajo el efecto del vino, sucumbe a la tentación y por primera vez lleva a la cama a una mujer. Pero en el momento crucial no puede actuar, paralizado al ver el rostro de su madre en el de la muchacha. Petrificado por el terror del incesto, su amor propio se derrumba cuando la moza suelta la carcajada ante su impotencia y le profiere en francés el insulto apropiado, de seguro más procaz que aquel *marica* que le gritaban sus compañeritos en la niñez.

Ese amor propio herido pone en movimiento los mecanismos de defensa que le restauren su integridad. Fantasías grandiosas de poder emergen para compensar su incapacidad sexual, pero en medicina y cirugía “no se escalan alturas” (según él mismo explicará cuando se ve obligado a informarle del asombroso cambio a su familia, tras regresar a Nashville), y Billy abandona la profesión médica para construir castillos en el aire de la política.

Billy entonces pasó dos años de introspección y observación atenta de la situación sociopolítica del Viejo Mundo en esa época en que la Era Romántica llegaba a su fin y la glorificación de los Derechos del Hombre por los librepensadores cedía lugar en breve a las nociones nacionalistas que subordinan al individuo a los intereses del Estado.

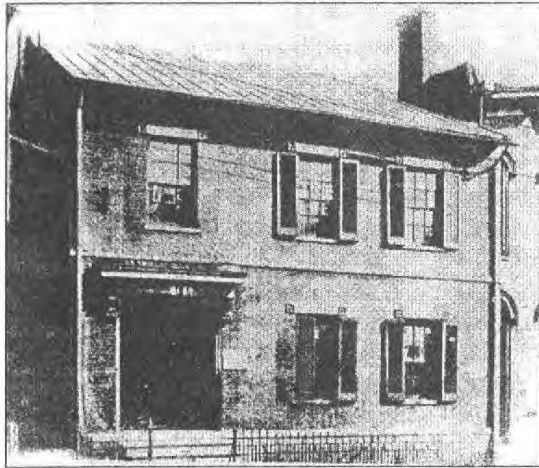
En París, Billy oyó la Misa Gregoriana en la catedral de Notre Dame y escuchó la Marsellesa junto a la tumba de Napoleón en Los Inválidos. Vio a Augusto Comte a raíz de haber publicado el último tomo de su *Cours de Philosophie Positive* y se cruzó en las calles de París con Karl Marx (quien en esa época residía en la capital francesa).

En Europa, Billy leyó a Maquiavelo, Montesquieu y Rousseau,

y sintió los presagios de las inminentes revoluciones. Leyó también a Adam Smith, Jeremy Bentham, Bacon, Aristóteles, Shakespeare y Byron, y en Venecia estuvo donde este último escribió el *Manfred*. Admiró catedrales góticas, ruinas romanas, esculturas clásicas y lienzos renacentistas; asimismo, se dejó extasiar por la ópera y comulgó con la causa de los carbonarios en Italia.

En 1845, a los 21 años de edad, Billy conocía y más o menos dominaba cuatro idiomas —inglés, francés, alemán e italiano, y tenía conocimientos básicos de latín y griego. Además del fundamento científico y cultural adquirido en Nashville, Filadelfia y París, había asimilado en dos años las fuerzas e ideas reinantes en Europa. La aguda crisis psicológica que le hizo abandonar la medicina había pasado, dejándolo sumergido en grandiosas fantasías de poder. Como le dijera a su amigo John en la última carta desde Europa: “¡El futuro! ¡El futuro! Algo que siempre viene pero nunca llega”.

En consecuencia, cuando Billy regresa a Nashville les anuncia a sus padres su decisión de estudiar leyes —profesión importante para lidiar con éxito en la arena política de los Estados Unidos.



Hogar de Walker en Nashville.

2. Ellen

BILLY ESTUDIÓ abogacía con preceptores, como se acostumbraba entonces. Comenzó su aprendizaje en el bufete de Edward y Andrew Ewing bajo la supervisión del juez Whitford en su ciudad natal, pero el 1 de diciembre de 1845 se traslada a Nueva Orleáns, la mayor metrópolis al Sur de Baltimore. Cien mil habitantes cosmopolitas, una historia pintoresca y su posición clave en el delta del Mississippi, hacían de Nueva Orleáns la meca cultural y el emporio comercial del Sur.

Se hospedó en el Hotel Planters, pero a los pocos días se mudó a la residencia del doctor Robert James Farquharson, su amigo y discípulo en Nashville y Filadelfia. Farquharson con éxito ejercía la profesión en Nueva Orleáns y residía en una de las “trece casas exclusivas” de la calle Julia.

Ahí Billy conoció a una muchacha que vivía en otra de las “trece casas”: Ellen Galt Martin, de 20 años de edad, bonita, inteligente, encantadora, bien educada y rica —pero también sordomuda. Siendo vecinos, Ellen y Billy se veían con frecuencia y la tradición de la familia Martin relata que al poco tiempo de conocerse se comprometieron para casarse. Se dice que Ellen se “enamoró apasionadamente” de Billy y él de ella: siendo sordomuda, no corría el riesgo de oír nunca un *ímarica!* de sus labios.

El 26 de abril de 1846 se rompieron las hostilidades en la frontera Sur, dando comienzo a la guerra entre Estados Unidos y México. Las primeras noticias de combates desataron en Nueva Orleáns una epidemia de frenesí bélico. A toda prisa se organizaron regimientos de voluntarios y se los despachó al frente. Uno de los primeros voluntarios fue Charles Callahan, joven tipógrafo destinado a perder la vida diez años más tarde, en San Jacinto, Nicaragua, defendiendo la causa de William Walker.

Otro voluntario fué su casero el doctor Farquharson. El primer héroe elogiado por la prensa de Nueva Orleáns fue cierto capitán Samuel H. Walker, “gallardo tejano ... el más valiente entre los valientes”, pero el heroísmo de ese otro Walker no resultó suficiente para inspirar a William. Al contrario, embrujado por Ellen, Billy era un acérrimo pacifista en medio del furor marcial reinante en la ciudad. Tales sentimientos los expresó en una carta a su amigo John Berrien Lindsley el 4 de junio:

Supongo que Tennessee padece de la fiebre tejana o mexicana; el mal ya amainó considerablemente aquí; hubo un mo-

mento en que el paciente estuvo totalmente trastornado, delirando con éxtasis de destrucción. Se predicaba la guerra como si fuese el más noble y sublime de los estados y quehaceres del hombre —un espectáculo para deleite de los dioses y semidioses. Hubo oradores que parecían querer imitar los discursos del Moloc de Milton; solamente que las terribles alocuciones que en nuestra imaginación atribuimos a Moloc, se reducían a simples sandeces sobre el poder irresistible y la virtud incorruptible del pueblo norteamericano.

Un pastor metodista se alistó de capellán en un regimiento de voluntarios; y al presentarse al Coronel para indagar sobre su equipo, se sorprendió al saber que no portaría espada ni vestiría chaqueta con botones dorados de metal. Algunos capellanes creen que los mejicanos son paganos; así, hablan de plantar el estandarte de la cruz en el suelo conquistado. Me extrañaría menos si les oyera decir que van a arrancar la cruz.

Prisionero del amor, Billy repudiaba la violencia y ridiculizaba la fiebre marcial del momento. Es obvio que no comulgaba con la obsesión de sus compatriotas de conquistar y “convertir” a otras naciones —con la doctrina del destino manifiesto que los norteamericanos invocaron como justificación moral de la guerra contra México y de las subsiguientes expediciones filibusteras contra Cuba, México y Centroamérica:

Nuestro destino manifiesto es el de extendernos y poseer todo el continente que la Providencia nos ha dado para que desarrollemos el gran experimento de libertad y auto-gobierno federado que nos ha confiado.

Por ironía William Walker, el “rey de los filibusteros”, descuella en la historia como la personificación de dicho sentimiento, que repudiaba en 1846. Precisamente, como paladín del destino manifiesto Walker fue ungido en Nicaragua *El Predestinado de los Ojos Grises* en 1855.

Mientras estudiaba jurisprudencia, Billy, a comienzos de 1847, escribió un par de artículos para *The Commercial Review of the South and West*, revista fundada y dirigida por J.D.B. De Bow. El *Review* promovía los intereses sureños, destacándose como la mejor revista de su clase en las décadas que precedieron a la Guerra Civil. Billy, ferviente propagandista del *Review*, trabó amistad con De Bow, a quien asistía en las labores de publicación. El periódico principal de Nueva Orleans, el *Picayune*, notó un cambio, comentando que el *Review* de febrero de 1847 “fue mucho mejor impreso que los anteriores” y al de mayo lo llamó “extremadamente elegante”.

El lunes 14 de junio de 1847, Billy presentó examen ante la

Corte Suprema de Louisiana; fue aprobado y prestó luego el juramento de ley para ejercer la abogacía en dicho Estado. Mas, al solo iniciar la carrera de abogado, ya está pensando en el periodismo. En septiembre, en una carta a John, le pregunta: “¿Qué te parecería si acompañara al ejército para enviar magníficos relatos de sus incomparables proezas?” La alusión irónica al ejército revela que persiste el pacifismo que mostraba en junio de 1846. Pero aunque su idea hubiera sido en serio, y no en broma, ya no existía posibilidad para Billy como corresponsal de guerra pues la campaña militar había concluido al ocupar las fuerzas norteamericanas la capital mejicana el 14 de septiembre de 1847.

La guerra en sí terminó cuando el enviado norteamericano Nicholas Trist y los comisionados mejicanos firmaron la paz en Guadalupe Hidalgo el 2 de febrero de 1848. Ahí, México aceptó la frontera de Texas en el Río Bravo y cedió Nuevo México y Alta California a los Estados Unidos a cambio de veinte millones de dólares.

Cuando toda la nación discutía los méritos del documento, Billy expuso su opinión (en marzo de 1848) en un par de artículos titulados “Presidentes héroes” y “El Tratado Trist” que publicó en el diario *New Orleans Crescent*. En dichos artículos, Billy glorifica al héroe militar y emerge ya como abanderado del Destino Manifiesto, proclamando la expansión incontenible de Estados Unidos y la absorción por partes de todo México. A todas luces, las operaciones militares de los dos últimos años produjeron un cambio radical en su actitud. De pacifista convencido que era, ahora glorifica el expansionismo norteamericano. El embrujo de Ellen parece haber cedido...

En una carta a John en esos días, Billy explica el cambio como parte de su retorno a las filas del partido demócrata: “En cuanto a mi afiliación demócrata, bien sabes que no es más que mi retorno a los viejos principios; y mi fe en el viejo credo será tanto más fuerte cuanto he pasado por una etapa de escepticismo; ahora mis opiniones son más firmes que si las hubiera adoptado como cosa natural”.

Ese verano, Billy visitó a sus familiares y amigos en Nashville. Su presencia contribuyó a la felicidad de sus padres que aumentó cuando su hermano, el teniente Lipscomb Norvell Walker, regresó a casa después de servir un año en México en el Tercer Regimiento de Voluntarios de Tennessee. En su ciudad natal, Billy vio a antiguos condiscípulos y a viejos profesores y amigos, como los doctores Gerard Troost y Philip Lindsley. Impresionados por su erudición y elocuencia, le solicitaron que leyera el discurso anual del ex-alumno en las ceremonias de graduación de la Universidad de Nashville, y él preparó un trabajo titulado *La unidad del Arte*.

Lo pronunció el 3 de octubre a las 7:30 P.M. en la Primera Iglesia Bautista, el más grande y mejor local de la ciudad. Cincuenta años después, una prima suya de apellido Bryant recordaba que el discurso de Billy dejó pasmados a sus progenitores. El doctor Lindsey quedó asombrado de aquella elocuencia y dijo que Billy era el mejor de todos los alumnos que habían pasado por la Universidad de Nashville: caracterizó la disertación como en verdad maravillosa. Y a los ex-alumnos les impresionó tanto, que le pidieron a Billy una copia del discurso para publicarlo.

La unidad del Arte es una valiosa síntesis del pensamiento de Billy. A él le tomó alrededor de una hora el exponer su patriotismo y cristianismo ante la concurrencia. Sus conceptos cristianos del Arte afirmaron su fe en los designios de la Providencia que luego lo guiarían en sus actividades filibusteras:

El hombre —hecho de barro pero dotado de alma ... Pronto nos damos cuenta de que fue formado conforme un plan ... que hay amor, además de lógica, en su creación ... El Dios de los cristianos es Dios de amor, Dios de misericordia, Dios que siente con nosotros en nuestros sufrimientos y nuestros triunfos ... La religión mantiene viva la llama sagrada de la virtud que brilla en todas las épocas en el corazón de los grandes y los buenos.

El Arte es uno ... La verdad, la belleza y la virtud jamás se oponen entre sí, pues sólo son manifestaciones diferentes del mismo espíritu divino ... La verdadera vida —la vida del espíritu— la vida consagrada a la búsqueda de la verdad, la belleza y la virtud, debe ser co-extensa y co-eterna con el arte ... Eternas también, como el arte mismo, serán las actividades del alma en el futuro.

Su patriotismo fluyó en palabras de encomio a los principios políticos republicanos, en alabanzas a la Constitución norteamericana y en el aplauso a la forma en que su patria libró la guerra con México. Billy llamó al patriotismo la “gran virtud cardinal” y explicó:

Por inculto y árido, por frío y repulsivo que sea el país que uno llama propio, uno se aferra a él con un cariño que no admite cansancio, con un amor que no cesa nunca. Porque con esta patria nuestra se entrelazan todos los sentimientos más nobles y sagrados de nuestra naturaleza. Con ella están ligadas las alegrías de nuestra infancia y niñez, los gozos de nuestras relaciones con familiares y amigos, los deleites del hogar, los recuerdos de una vida dedicada a ser útil y a promover el bienestar de nuestros semejantes; y es en nuestra tierra natal donde deseamos que reposen nuestros huesos cuando hayamos realizado los propósitos de nuestro ser y alcanzado los fines para los que

fuimos creados.

Ligado a sus sentimientos patrióticos, Billy reafirmó su credo liberal al exaltar la forma norteamericana de gobierno, “fundado en el principio filantrópico de que uno puede hacer lo que desee mientras no cause daño a su vecino”, y también al defender la teoría económica enunciada por Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones* —de que “la ganancia del individuo es en provecho de la comunidad”.

Billy consideró la poesía “la más universal de las Bellas Artes”. Sus alabanzas a la poesía y al poeta, que “es el mismo, sea salvaje o civilizado”, repiten un pensamiento expresado varios meses antes en “*Presidentes Héroes*”, de que “el hombre es el mismo en todas sus cualidades esenciales —en el poder de su intelecto y el vigor de su imaginación— ya sea que se pavonee en pantalones o camine majestuoso con toda la dignidad y gracia de su pristina desnudez”.

Pero entre los poetas, su favorito era Byron:

...el nombre de Byron se recordará mientras exista simpatía para el genio que sufre, y el monumento que se construyó a sí mismo en sus palabras y sus obras, sobrevivirá al imponente templo donde reposan la grandeza y la gloria de Inglaterra.

De acuerdo al *Republican Banner* de Nashville, sus alusiones a la cultura europea deleitaron al público con “una materia tan bellamente descrita”, y las “elegantes ilustraciones usadas fueron tan originales como el estilo fue pulcro y severo”. Su ilustración recorrió la gama desde la antigua Grecia hasta el presente —desde Homero hasta Lamartine— saturando la atmósfera de la Primera Iglesia Bautista de Nashville con las remembranzas de sus dos años en Europa.

Ni en el discurso ni en sus escritos mostró Billy el menor interés por ejercer la abogacía en Nueva Orleáns. Si estudió leyes, fue para abrirse campo en la política. Sabía muy bien que a un joven abogado le era difícil escalar alturas en la jurisprudencia, en especial en Louisiana donde juristas fósiles ejercían un monopolio y donde las mordidas a las autoridades y la compra de funcionarios judiciales eran cosa de todos los días.

Su habilidad para escribir impulsó a Billy al periodismo, y, al regreso de Nashville a Nueva Orleáns, se le presentó de pronto la oportunidad para ejercerlo de lleno cuando uno de los dueños del *Crescent* le vendió sus acciones. La nueva razón social, “J. H. Hayes & Co. —J. H. Hayes, J. C. Larue, S. F. Wilson y Wm. Walker”, apareció en la cabecera del *Crescent* el 7 de marzo de 1849, y en la página editorial, una nota de Billy anuncia el inicio de su carrera perio-

dística. De ahí en adelante, Billy impartió a los editoriales del *Crescent* su filosofía y estilo característicos. Cuarenta y cuatro artículos tienen su sello distintivo en las primeras seis semanas, en las que cubrió una amplia variedad de temas, domésticos e internacionales.

En la primavera de 1849, la expansión de la esclavitud a los nuevos territorios cautivaba la atención del país, enardeciéndola con apasionados debates en el Congreso, y amenazaba en serio con romper el convenio federal. Billy señaló la amenaza, pero enfatizando que las “Tendencias unionistas” la contrarrestaban y manifestándole su lealtad al Sur y al sistema esclavista. No obstante, se oponía a extender la esclavitud a los nuevos territorios, considerándolo nocivo a los auténticos intereses sureños:

Conectados como estamos con el Sur en todos nuestros más íntimos y caros intereses, unidos al Sur con todos los lazos que atan al hombre con el país que es el suyo, no podemos menos que mirar con desagrado los esfuerzos por promover agitación en la más excitante de todas las cuestiones. Tal agitación conducirá a la derrota y la desunión.

Cuando el gran problema de la esclavitud se convierte en la llave maestra de los partidos políticos, no nos queda más que rendimos sin esperanza u optar por una existencia independiente, separados del Norte. Nuestro único objetivo razonable debe ser el continuar siendo dueños de lo que poseemos. O como el perro de la fábula, por agarrar el reflejo en el agua, soltamos la sustancia que antes teníamos firme en mano. Nuestra seguridad está en el silencio: nuestra política, “en dejar las cosas como están”.

Billy, sin embargo, favorecía la adquisición de Cuba, que en 1849 seguía siendo colonia de España. Su millón de habitantes eran en un 60 por ciento de origen africano, casi todos esclavos, y 40 por ciento de origen español. La producción de azúcar, tabaco, café y demás frutos de la tierra se estimaba superior a los cincuenta millones de dólares anuales, lo que cual un imán atraía la mirada de los emprendedores capitalistas norteamericanos y de los esclavistas sureños. Al finalizar la guerra de México, la “Perla de las Antillas” se vislumbraba como la próxima presa del Destino Manifiesto. Para Billy:

Basta mirar el mapa para darse cuenta de la enorme importancia de Cuba para los Estados Unidos. Situada entre las penínsulas de Florida y Yucatán, cerrando el paso entre el Golfo de México y el Océano Atlántico, esta isla puede servir para controlar todo el comercio exterior a través del Mississippi y de los puertos de Texas, Alabama y Florida a lo largo de la costa del Golfo.

Pero además de su posición estratégica, que se ve a simple vista en el mapa, la isla posee uno de los mejores puertos del mundo. Con pechos denodados y cerebros científicos que lo resguarden, el puerto de la Habana sería inexpugnable a los ataques de cualquier flota enemiga.

Al comentar las noticias de los Balcanes, Billy presentó a Rusia como "gran profeta y líder del absolutismo" y predijo la rivalidad comercial de Estados Unidos y Rusia en el Lejano Oriente. Urgió, "por el bien de la raza humana entera, además de nuestro propio bien ... construir pronto un puerto en el Pacífico que nos haga vecinos de Cantón y Calcuta".

En resumen, las páginas del *Crescent* nos muestran a Billy atareado de lleno con los asuntos políticos del día. Escribe sobre las finanzas municipales y la limpieza de la ciudad, sobre los problemas nacionales suscitados por la fiebre del oro, la controversia esclavista y el Destino Manifiesto. Cubre las explosiones revolucionarias de Europa, la eventual unificación de Italia y de Alemania, los ingleses en la India, el despertar de Rusia y la expansión del comercio del mundo occidental hacia el Lejano Oriente. Asimismo discute las leyes de navegación, la paga de los diplomáticos norteamericanos y otros tópicos.

Pero para Billy el evento más importante fue, sin duda alguna, la epidemia del cólera que en 1849 segó millares de vidas en Nueva Orleans, ya que el 18 de abril se le llevó a su Ellen, la bella sordomuda de quien se había enamorado apasionadamente.



Ellen Galt Martin.

3. Misión

ELLEN, ENAMORADA apasionadamente de Billy y desconociendo las normas convencionales del decoro femenino, mostraba su afecto en forma tan obvia que sus amistades les llamaron la atención, según narró un amigo de Walker. Ello condujo a cierta tibieza y separación voluntaria que la deprimió, “creyéndose olvidada” hasta el extremo de que “se enfermó y murió”.

La muerte de Ellen fue el fin del mundo para Billy, cuya pluma cual fierro candente estampó su duelo en el *Crescent*. Diversos artículos, en forma subrepticia pero clara, narraron “los pensamientos y sentimientos secretos” de Billy “en las críticas circunstancias que a veces se presentan en el curso de la vida humana”, cuando “entra en acción con toda su potencia una gran alma”:

...cuando la ansiedad llega a la intensidad de dolor que casi obliga al corazón a dejar de latir y paraliza, si no es que totalmente destruye al intelecto —cuando el dolor tiene tal fuerza y potencia que marchita al mundo y oscurece el universo— se debe usar otra clase de remedio, más violento que el dirigido a la imaginación. Entonces se debe recurrir a los estudios y actividades que estimulen al máximo al intelecto y obliguen a la mente a actuar aun en contra de su voluntad.

Por lo tanto, cuando nos golpea la aguda agonía que no hiere, sino traspasa —cuando nos sobrecoge la angustia que aniquila todo sentimiento menos uno— corremos en busca de alivio, no donde los poetas que deleitan ni los novelistas que animan; sino a sumergirnos en los problemas científicos que arrastran al intelecto hacia las regiones del pensamiento abstracto, buscando escapar, en esa forma, de la congoja que desgarrar al corazón en pedazos y devora a la mente que se permite posar en ella...

Cuando el alma fuerte sufre, nunca desperdicia su tiempo en inútiles lloriqueos ni quejas; y así vemos que hombres de fuertes pasiones, cuando los azota un enorme sufrimiento, se lanzan con inusitado ardor a las tareas más excitantes y agitadas a su alrededor. En la intensidad de su actividad mental buscan ahogar el llanto de su alma angustiada. Por los esfuerzos que hacen para mantener ocupada la mente podemos percibir y medir la fuerza de sus emociones. Los tormentos de la pasión se vislumbran apenas, en los espasmos del intelecto.

Billy, en efecto, siguió su propio consejo y se lanzó con inusitado ardor a las tareas editoriales del diario. En las semanas subsi-

guientes, su pluma prolífica dejó registrados los continuos espasmos de su intelecto. En mayo, el Mississippi siguió su costumbre tradicional de primavera e inundó partes de la ciudad. El 15 anegó el panteón protestante en la calle Girod, obligando a los sepultureros a navegar entre los sepulcros. El 18, al cumplir Ellen un mes de muerte, Billy visitó la tumba y enseguida vació su alma en la página editorial del *Crescent*:

INUNDACIÓN DE LOS CEMENTERIOS. —El agua entra y cubre las casas de los muertos junto con las de los vivos ... el murmullo de las olas, movidas por la brisa, es como una canción de cuna de la niñera para que el sueño de los niños de la tierra sea más profundo y apacible... Las aguas invasoras llevan al camposanto los animales que se matan y devoran unos a otros, y a la vez ahogan la vida de las humildes plantas congregadas junto a las habitaciones de los muertos. Las florecillas no reciben aire cuando el río corre sobre ellas; y como la gentil doncella sobre cuya tumba quizá moran, se marchitan y suavemente exhalan la vida que ha poco tiempo parecía tan feliz y bella.

Junto con el duelo ocurrió un cambio notorio en los artículos de Billy, quien de súbito se volvió un periodista pleitista, “un contrincante ineludible de todo mal e injusticia en todos sus aspectos y bajo cualquier forma”. El 20 de abril (al día siguiente del entierro de Ellen), arremetió contra el coronel T. F. Johnson, Superintendente del Western Military Institute de Georgetown, Kentucky, quien visitaba Nueva Orleans para establecer otra academia militar. Cuando el *Picayune* defendió a Johnson, Billy atacó también al *Picayune*.

Antes de terminar la controversia, ya Billy había comenzado otra al criticar el nombramiento de un nuevo Ingeniero Estatal. Enseguida atacó también a la Junta de Sanidad, acusándola de “magistral inactividad” al haberse limitado a contar cadáveres durante la epidemia del cólera. En un solo día (el 28 de mayo), Billy descargó su hostilidad contra el ingeniero estatal, los cadetes de West Point, los médicos sanitarios, los banqueros de Wall Street, los corredores de bolsa de Lombard Street, los agentes financieros de Bishopsgate, los fabricantes de Manchester y los comerciantes de Liverpool. Entre los blancos de su pluma, en mayo, se cuentan el capitán Forno de la policía, el gobernador Johnson de Louisiana, varios colegas periodistas, un actor de teatro y otras figuras de menor magnitud.

Pronto embrolló al *Crescent* en agrias polémicas con el *Picayune*, el *Bulletin*, el *Delta*, el *Courier*, el *Bee-Abeille* y *La Patria*; es decir, en efecto, con todos los diarios de Nueva Orleans. Su ataque al editor de *La Patria* E. J. Gómez, pasó de las palabras a los hechos

cuando Billy, anunciando su intención de castigar al colega, se dirigió a su oficina y le propinó un bastonazo. De no haberlos separado los presentes, Billy hubiera perdido la vida, pues Gómez, enfurecido, sacó su pistola y ya iba a disparar a quemarropa cuando lo sujetaron.

La transformación brusca de Billy, de “joven tranquilo, estudioso y afeminado” en “el más caracterizado protagonista que personifica el Destino Manifiesto” que fue el William Walker que conoció la historia, la registró en el *Crescent* en una serie de artículos psicológicos que escribió en agosto de 1849 bajo el título de “Bosquejos de ciudadanos prominentes”. Por medio de personajes disociados de su propia invención, a quienes dio los nombres de John Smith, John Brown, James Jenkins, John Jones, Peter Muggins, Gabriel Gumbo, Dick Dobs y Timothy Tucker, Billy desnudó su alma y describió el “conflicto sin paralelo en la historia” en el que Gumbo, “una montaña de sabiduría ... conocedor de todos los hondos mecanismos del corazón humano”, tomó el mando de su psiquis y derrotó a Peter, el marido de Mary Muggins, quien “amaba el nombre de ‘Mary’ y estaba igualmente condenado a despertar de su arrobador ensueño al constatar que su ídolo era una simple mortal”.

En mi interpretación, el político insigne Gabriel Gumbo y sus dos asistentes, el genio militar Dick Dobs y el escritor Timothy Tucker, personifican al nuevo Walker en los bosquejos. De inmediato, el nuevo William Walker apareció en la página editorial encubierto en los comentarios de Billy sobre los líderes de la revolución húngara, anunciando el “parto” del Predestinado de los Ojos Grises:

A menos que un hombre crea que hay algo grande que deba hacer, nunca hará nada grande. Es por ello que los líderes y reformadores del mundo han puesto su confianza en el destino y las estrellas.

Una gran idea surge en el alma de un hombre; le agita todo el ser, lo transporta del presente ignorante y lo hace sentir el futuro en un instante. Es natural que un hombre así poseído crea ser un agente especial para llevar a cabo en la práctica la idea que le ha sido revelada.

Sólo él conoce todas las grandiosas consecuencias que emanarán del principio que ha descubierto. Solamente a su mano se le puede confiar la ejecución del gran plan que yace perfeccionado solamente en su cerebro. ¿Por qué se le iba a revelar a él? ¿Por qué le será permitido percibir lo que se le oculta a los demás, si no es para que lo lleve a cabo en la práctica?

El 29 de agosto de 1849 marca el nacimiento del futuro filibustero. Los luchadores húngaros de la libertad lo inspiraron y sirvieron

como especie de parteros para traerlo al mundo ese día en el *Crescent*. Otros eventos contribuyeron también a despertar la idea que de pronto surgió en el alma de Walker. Intervino de manera palpable el éxodo a California, impulsado por la fiebre del oro, que excitó la imaginación de Billy, fijó su atención en la ruta de Tehuantepec y lo transportó a soñar ya su sueño de un imperio tropical:

... La terminal [de la ruta de Tehuantepec] está en el Golfo de México, que prácticamente es un mar interior del Continente, y del cual, antes de muchos años, todo dominio europeo será excluido. Más de la mitad de sus costas son ahora americanas; y la influencia americana puede hacerse potente sobre las costas de México y Yucatán. Una vez que poseamos la Isla de Cuba, cosa muy apetecible que veremos consumada en pocos años, el Golfo de México será tan parte integral de nuestra nación como lo es el Lago de Michigan... Por esta ruta tendremos el control de sus vías de acceso y el instrumento para extender las influencias políticas de nuestro ejemplo en un país nuevo e interesante, creando Estados contiguos al nuestro para asimilarlos y finalmente fundirlos dentro de nuestro propio sistema.

Y, para Walker, ese imperio tropical suyo era un imperio esclavista sureño:

Los estadistas han descubierto que el Río Mississippi es el gran núcleo de la Confederación Americana —que el Padre de las Aguas es el lazo de acero que amarra a los Estados de la Unión. Y en el valle del Gran Río es donde surge la civilización más perfecta y poderosa jamás vista en el mundo. ... Por motivos geográficos y sociales, el valle del Mississippi debe ejercer mayor influencia que otras regiones sobre la futura civilización del hemisferio; y por analogía deducimos que primordialmente a la parte Sur del Valle le tocará formar los hábitos y opiniones del resto. La influencia de Nueva Orleans sobre el occidente de la nación es ya perceptible y está destinada a aumentar mucho más en el futuro; y así como Atenas formó a Grecia y Grecia a Europa, así esta ciudad influirá en el Oeste y por medio del Oeste en todo el Continente Americano.

William Walker comenzó veloz a poner en práctica su plan. El 3 de octubre, su nombre figuró en el *Crescent* entre los signatarios de una nota especial anunciando una reunión de los ciudadanos de Louisiana partidarios de la comunicación interoceánica a través del istmo de Tehuantepec. Él y sus amigos John C. Larue y J. D. B. De Bow figuraron entre los doce delegados que, el 17 de octubre por la tarde, zarparon en un vapor fluvial para representar a Louisiana y abogar por la ruta de Tehuantepec en la Convención de Memphis

del 23 al 26 de ese mes. En la convención los delegados de diversos Estados propugnaron a su vez por otras rutas. La correspondencia editorial de Walker desde Memphis llenó varias planas con sus crónicas detalladas de las discusiones y resoluciones; pero la propuesta de Tehuantepec no ganó partidarios en Memphis, y Walker regresó abatido a Nueva Orleans.

Al concluir 1849, Walker asentó en secreto su propia tragedia en el editorial del “Año Nuevo” el 1 de enero de 1850:

Mil Ochocientos Cuarenta y Nueve entró con tan brillantes expectativas y lisonjeras esperanzas —se extingue envuelto en tantas sombras negras y aspiraciones congeladas... Unos cuantos cortos meses han visto subyugar a Italia y caer a Hungría... Todo marchó bien por un tiempo, y al igual que la parra y la higuera, la Libertad parecía florecer y crecer bajo los rayos del sol sureño. Pero vino una ráfaga del Norte que marchitó y destruyó los bellos capullos de la Libertad.

...Ya sonó la sexta trompeta; que se oiga pronto la séptima para que nos abra “un cielo nuevo y una tierra nueva”. Es hacia el Oeste que el Año Nuevo mira con el alma llena de gozo y confianza. La estrella que guió a los magos orientales hacia el pesebre de Belén, salió del Este y cruzó hasta posarse donde estaba el Niño. En los últimos días ha surgido en el Oeste una constelación de Estados que parecen destinados a conducir al hombre hacia las máximas condiciones de libertad y civilización de que es capaz. Que los sabios orientales sigan a las estrellas occidentales y que las esperanzas del Presente se conviertan en las realidades del Porvenir.

Obedeciendo a este llamado, del cual se sintió pregonero, el 1 de febrero de 1850, Walker y sus socios vendieron el *Crescent* y poco después, (en junio) William Walker marchó al Oeste, a California para “convertir las esperanzas del Presente en realidades del Porvenir”.

4. California

WALKER VIAJÓ a California vía Panamá. El sábado 15 de junio de 1850 zarpó de Nueva Orleans a bordo del *Ohio*. El lunes 17 en la tarde llegó a La Habana, donde pasó dos días y tres noches antes de tomar el *Georgia* para Chagres. Ahí cruzó el istmo, subiendo por el río Chagres en un vaporcito de cien toneladas, el *Ralph Rivas*, y luego a lomo de mula hasta la ciudad de Panamá. Prosiguiendo, en el *Oregon*, tras parar en Acapulco para abastecerse de carbón, llegó a San Francisco el domingo 21 de julio por la noche. Si la fugaz visión del trópico centroamericano lo impresionó o si, fija su mente en California, pasó como simple viajero en tránsito sin interesarse en nada más que llegar a puerto, es cosa que no aparece en su correspondencia.

Walker pensaba encontrarse con su antiguo socio del *Crescent*, A. H. Hayes, quien le había precedido en abril para fundar un periódico en San Francisco. Hayes era uno de los mejores tipógrafos empíricos de los Estados Unidos, pero desapareció sin fundar el diario. A su arribo en California cayó presa de la “fiebre del oro” y se fue a las minas en busca de fortuna. La ausencia de Hayes obligó a Walker a cambiar de planes. Contaba con la ayuda de Edmund Randolph, amigo abogado de Nueva Orleans que en un año se había labrado una buena clientela San Francisco. Edmund pertenecía a una de las familias prominentes de la nación, los Randolphs de Virginia, que produjo líderes notables como Thomas Jefferson, John Marshall y Robert E. Lee. Con la ayuda de Randolph, Walker comenzó a ganarse la vida como abogado en San Francisco, lo que utilizó para lidiar en la política. En septiembre lanzó su candidatura para diputado del partido demócrata en la legislatura estatal, pero lo descalificó la Constitución de California, que exigía residencia de un año en el estado para ser elegible.

Walker entonces volvió al periodismo, en el puesto de vice-director del *San Francisco Herald*, periódico que Randolph había fundado en sociedad con John Nugent, antiguo reportero del *New York Herald*. Cuando Randolph le vendió sus acciones a Nugent, éste quedó de dueño del diario con el apoyo financiero de un rico terrateniente, Joseph Folsom. En cuanto Walker se hizo cargo de los editoriales del *Herald*, su pluma pleitista prosiguió en el derrotero de controversias que había caracterizado su etapa postrera en Nueva Orleans. Los litigios de terrenos de Folsom le dieron campo propicio en el que descargar su hostilidad. Todo comenzó cuando el juez Ro-

derick N. Morrison declaró ilegal un título de propiedad de Folsom; el administrador público Joseph Henríquez puso una demanda pidiendo que Folsom le entregara los terrenos en litigio, y su abogado le dijo en sigilo al demandado que, si le daba \$20,000, el juez Morrison fallaría a su favor. A Morrison lo enjuiciaron por solicitar soborno, pero salió libre en el juzgado del juez Levi Parsons. De ahí en adelante, Walker criticó constante e implacable en el *Herald* a Parsons, Morrison y Henríquez.

Un empleado de Morrison, William Hicks Graham, le envió a Walker una carta llena de insultos; éste lo retó, ofendido, y el 12 de enero de 1851 se batieron a duelo en un solar junto al camino a la Misión Dolores en las afueras de San Francisco. Se enfrentaron con revólveres Colt a diez pasos, avanzando un paso después de cada tiro hasta que corriera la sangre o se vaciara el tambor. Intercambiaron dos disparos, de los que Walker no asestó ninguno mientras que el primer tiro de Graham le acertó en el pantalón, rozándole la piel, y el segundo le entró de lleno en el muslo y lo botó. Aunque seria, la herida no fue mortal. La prensa informó que ambos contrincantes mostraron serenidad, coraje y temple. Pero Walker no aprendió la lección y continuó atacando de modo inclemente a los jueces; además, aprovechaba toda fechoría, por banal que fuera, para azuzar al pueblo a que linchara a unos cuantos delincuentes:

Organicemos una banda de doscientos o trescientos “reguladores”, integrada por individuos que tengan algo que perder en la ciudad y que se interesan en el bienestar de la comunidad. La existencia misma de dicha banda espantará a los malhechores y arrojará a los criminales de la ciudad. Si llegan a agarrar a dos o tres ladrones y rateros y los linchan, en el futuro sus camaradas se cuidarían mucho de no volver a robar.

La receta de Walker para acabar con el crimen, predicada con insistencia en las páginas del *Herald*, pronto surtiría fruto produciendo a los infames “Vigilantes” de San Francisco. Y sus constantes ataques contra el juez Parsons al cabo hicieron que el juez lo citara por contumacia. Walker se presentó en el juzgado el sábado 8 de marzo con su abogado Edmund Randolph. Argumentaron largo y tendido pero en vano, pues Parsons le impuso una multa de \$500 y lo metió en la cárcel hasta que la pagara. De acuerdo al *Herald*, cuando el sábado en la tarde se supo en la ciudad que Walker estaba detenido, todo mundo se indignó. El domingo en la mañana, 4,000 personas se congregaron en la plaza en protesta, frente al edificio del juzgado donde Walker estaba preso, y lo vitorearon cuando se asomó por la ventana del segundo piso. Él les dirigió la palabra, agradeciéndoles la manifestación de simpatía, pero enfatizando que no era

el individuo lo que les interesaba, sino el mantener un gran principio ultrajado en su persona. Terminó diciendo que apelaba la sentencia del juez a la decisión del pueblo. Al retirarse, le echaron tres tremendos vivas a él y tres mueras a Parsons. El lunes Randolph presentó un recurso de exhibición personal ante la Corte Superior para sacar a Walker de la cárcel. El caso se prolongó durante varios días de alegatos interminables y argucias judiciales, hasta que por fin le concedieron el recurso y salió libre el sábado 15 de marzo. Walker entonces dirigió un memorial a la Asamblea Legislativa de California en San José, pidiendo la destitución del juez Parsons, y en persona abogó su caso ante la Asamblea en abril.

Aprovechándose de tan inesperada popularidad, Walker lanzó su candidatura para concejal en una reunión del partido demócrata en el Cuarto Distrito de San Francisco. Enseguida gozó de efímera gloria cuando pronunció otro discurso y lo vitorearon de nuevo en la campaña electoral, mas todas sus esperanzas se esfumaron de golpe, como por ensalmo: el 22 de abril, la Asamblea Legislativa resolvió que no había motivo para destituir al juez Parsons; en los comicios del 28, el whig (conservador) C. M. K. Paulison derrotó a Walker en el Cuarto Distrito por 432 contra 280 votos; el 3 de mayo, un incendio destruyó el centro comercial de San Francisco, devorando las llamas dieciocho manzanas enteras y partes de otras seis; con excepción del *Alta*, todas las imprentas se quemaron, aunque Nugent y otros lograron salvar parte de sus talleres; como consecuencia, Walker perdió su empleo en el *Herald*, efectivo a fin de mes, y el 17 de mayo tuvo que pagar la multa impuesta en marzo por el juez Parsons, que con las costas subió a \$886.

El 31 de mayo Walker abandonó San Francisco para ejercer la abogacía en Marysville, centro minero y cabecera del condado de Yuba, setenta kilómetros al Norte de Sacramento. El 3 de junio de 1851 presentó un escrito en la Corte Distrital, representando a su primer cliente en un litigio por el transporte a vapor en el río Feather. De ahí en adelante, Walker se ganó la vida durante casi dos años litigando en los juzgados de Marysville con numerosos casos civiles y criminales. En gran parte influenciada por la campaña de Walker en el *Herald*, la Legislatura había modificado la ley (en abril de 1851), permitiendo que al ladrón se le aplicara la pena de muerte a discreción del jurado. Resultó irónico que el abogado William Walker fuese el primero en California en perder un caso y un cliente bajo la ley que él mismo contribuyó a crear como periodista. La desgraciada víctima fue un pobre carretonero llamado George Tanner.

Tanner transportaba mercancías a las minas en su carretón. El 19 de marzo de 1852 lo encontraron acarreado un saco de papas

robado y en su casa hallaron más papas, harina, cebada y otras provisiones, en apariencia robadas de una tienda. El caso del Pueblo contra George Tanner, por robo, comenzó en el juzgado el 12 de abril. Al carretonero lo defendió William Walker, quien perdió la batalla desde el comienzo cuando el juez excluyó del jurado a quienes tenían escrúpulos de condenar a muerte a un ladrón. En el juicio, el juez denegó una y otra vez los alegatos de Walker y el 19 de abril el jurado condenó a Tanner a la horca. Walker apeló la sentencia a la Corte Superior y luego ante la Corte Suprema de California. Alegó que el juicio era nulo porque el Estado no tenía derecho de indagar de antemano la forma en que un miembro del jurado ejercería su discreción de imponer la pena de muerte a un ladrón. Todo fue en vano: la Corte Suprema confirmó la sentencia y ordenó que el 23 de julio de 1852 ahorcaran a Tanner en Marysville.

A la hora señalada, setenta y cinco ciudadanos armados hasta los dientes llevaron al reo a la horca. Iba lívido como una sábana, temblando de pavor, protestando su inocencia hasta el último momento, y lo tuvieron que llevar cargado para ponerle la soga al cuello. Murió al instante. Los notables del pueblo presto le pidieron al Concejo que prohibiera que enterraran a Tanner en el cementerio municipal. El Concejo dio la orden y el sepulturero se vio obligado a abrir a la carrera una fosa fuera del panteón. A la noche siguiente, arrestaron a dos sujetos cuando profanaban la tumba, lo que dio lugar a titulares humorísticos en los diarios, diciendo que Tanner había resucitado el sábado en la noche. Al encontrar abierta la fosa, el sepulturero se llevó el ataúd y lo enterró en el patio de la casa del carretonero para que la viuda cuidara a su muerto.

Esa “justicia” cruel impuesta a Tanner, cuyo delito, si lo hubo, consistió en robarse unos cuantos sacos de papas, harina y cebada, contrasta con la ausencia de castigo para quienes masacran comunidades enteras de indios e indias, incluyendo niños y ancianos. Por ejemplo, en abril de 1852, durante el juicio de Tanner, la prensa californiana publicó los detalles macabros de una masacre de indios en Klamath: “¡Mataron cuarenta indios!— ¡Dos blancos salieron heridos!” Y el 4 de mayo, mientras el carretonero, engrillado, aguardaba la apelación de Walker ante la Corte Suprema, la prensa californiana trajo otra masacre macabra: “Carnicería de 150 indios —hombres, mujeres, niños y ancianos— en castigo por el asesinato de un hombre blanco en Shasta”.

Demás está decir que semejantes atrocidades no eran investigadas y mucho menos castigadas por las autoridades. Respecto al consenso de la opinión pública en California “civilizada y cristiana”, los comentarios de John Nugent en el *San Francisco Herald* sirven

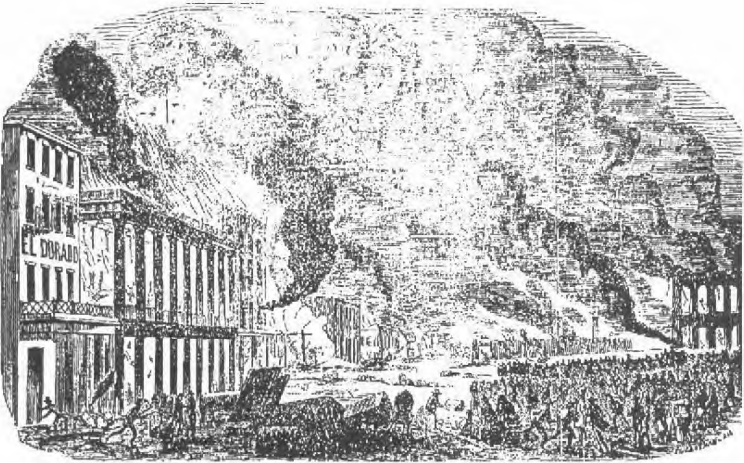
de ejemplo: “El envío brusco de ciento cincuenta semejantes a la eternidad —aunque sean indios— conlleva una gran responsabilidad, y esperamos que no haya sido innecesario”. La discrepancia moral entre la horca para un ladrón y la impunidad para los asesinos de centenares de indios refleja la tergiversación de valores que reinaba en California a raíz de la conquista anglosajona —de esos valores que enseguida guiaron las actividades y decisiones de Walker y sus filibusteros en México y Nicaragua.

Stephen Johnson Field, colega de Walker en Marysville y después magistrado de la Corte Suprema de los Estados Unidos por treinta y cinco años, escribió en sus Memorias (hacia finales del siglo) que Walker “era un orador brillante y de inteligencia aguda pero no muy profunda. Con sus sutilezas, a menudo dejaba perplejos a jueces y jurados, mas casi nunca los convencía”. Contrario a la opinión de Field, los registros judiciales indican que Walker logró convencer a jueces y jurados la mayoría de las veces. Es imposible tabular su actuación, debido a que en los dieciocho tomos de registros judiciales de esa época hay numerosos casos en los que no se dan los nombres de los abogados litigantes. Pero de los cincuenta y siete casos en que aparece el nombre de William Walker, ganó veinticuatro, perdió dieciséis, en once hubo arreglo extrajudicial, tres quedaron en manos de otros abogados cuando se fue de Marysville, y de otros tres no aparece el resultado en los documentos que se conservan. Al comienzo, Walker trabajó en sociedad con J. W. McCorkle, Stephen Johnson Field y otros, pero después su socio fue casi siempre Henry P. Watkins. La actuación de Walker resultó excelente en los once casos en que trabajó solo: ganó ocho, perdió dos y se arregló extrajudicialmente una vez.

Durante esa época, Walker utilizó como siempre la abogacía para fines políticos. En octubre de 1851 y en enero de 1852 asesoró a correligionarios demócratas en litigios electorales; en febrero de 1852 fue delegado de Marysville en la Convención Estatal del partido demócrata en Sacramento; en mayo se le mencionaba como futuro candidato demócrata para diputado por California en Washington; en julio fue delegado de Yuba en la Convención Estatal demócrata en Benicia; y en octubre fue presidente de un comité demócrata en San Francisco y luego oficial de la Convención del partido, dirigiendo con sus cofrades esclavistas la escogencia de candidatos para las elecciones de noviembre.

De acuerdo a un contemporáneo de Marysville, en dicho pueblo, “cuyos moradores eran cordiales y hospitalarios, Walker siempre mantuvo una impasible indiferencia hacia sus semejantes y no confiaba en nadie”. Sin embargo, la gran idea que surgió en su alma

y le agitó todo su ser en Nueva Orleans en 1849 a la muerte de su novia Ellen, se la transmitió a su socio Henry P. Watkins en Marysville. El resultado fue la expedición a Baja California y Sonora en 1853-54. La chispa inicial que la puso en marcha se enciende esta vez cuando fallece la primera y última persona que Walker amó: a su madre Mary la enterraron en Nashville el 8 de enero de 1852.



Incendio en San Francisco, mayo de 1851, tras el cual Walker se trasladó a Marysville.

5. Sonora

A PRINCIPIOS de 1852, en cuanto Walker recibió la noticia de la muerte de su madre, puso en movimiento su expedición militar contra Sonora. Se reunió en Auburn (a cincuenta kilómetros de Marysville) con Watkins y otros amigos para enviar un par de agentes a Guaymas a conseguir una concesión de tierras en la frontera Norte de Sonora. Los agentes fracasaron en su misión porque las autoridades mejicanas, inexorables, rehusaban admitir colonos norteamericanos, y confiaban más bien en aventureros franceses de California para proteger la frontera tanto contra las incursiones de los apaches como contra los proyectos predatorios del destino manifiesto anglosajón.

A principios de 1853, los franceses habían fracasado y se los había echado de Sonora; la situación parecía propicia para el proyecto de Walker y sus compañeros sureños de propagar la esclavitud a la costa del Pacífico. Los cabecillas se reunieron en la entonces capital de California, Benicia, a ultimar sus planes. Contaban en sus filas a altos funcionarios, incluyendo senadores y congresistas de peso en la Legislatura estatal. El promotor principal era el senador Henry A. Crabb, amigo de Walker desde la niñez, y desde 1851 insigne propagandista de la esclavitud en California.

Para allegar fondos y habilitar la empresa, pusieron a la venta la futura República de Sonora: a cien dólares la legua cuadrada. Los bonos del “Préstamo para la Independencia”, fechados el 1 de mayo de 1853, los firmó el “Coronel del Regimiento de la Independencia, William Walker”. Su plan original era invadir Sonora por tierra. Para facilitar la invasión, los legisladores esclavistas propusieron en la Asamblea y el Senado que se autorizara equipar fuerzas militares privadas, bajo pretexto de proteger la frontera Sur de California y apresar a un famoso “bandido” llamado Joaquín Murrieta. Pero Walker tuvo que cambiar sus planes a principios de mayo cuando el jefe del ejército, general Ethan Allen Hitchcock, anunció que sus soldados en el Sur de California no dejarían pasar a los expedicionarios hacia la frontera. Cerrada la puerta por vía terrestre, Walker zarpó para Guaymas el 11 de junio en el bergantín *Arrow*, a reconocer el campo y elaborar nuevos planes, acompañado de Watkins y otros filibusteros.

A su arribo a Guaymas el 30 de junio, Walker y su comitiva no consiguieron permiso de viaje al interior. Calamitoso para él, el cónsul de México en San Francisco había prevenido a las autoridades

sobre sus designios y no lo dejaron entrar a reconocer el campo. Pero durante su estadía en Guaymas las noticias de las incursiones apaches eran alarmantes y la falta de recursos del gobierno era obvia; Walker se dio cuenta de que sólo había 200 soldados en Sonora y de que no podrían llegarles refuerzos antes de tres meses. Entonces decidió invadir Sonora por mar.

Regresó a San Francisco en el *Arrow*. En cuanto desembarcó, el 9 de septiembre, él y sus cofrades esclavistas organizaron la expedición; comenzaron propalando historias fantásticas en los periódicos sobre fabulosas minas en Sonora, que facilitaron el reclutamiento. Para el 1 de octubre tenían 200 hombres listos a zarpar en el *Arrow*. Aunque en apariencia iban a explotar las minas y a limpiar de apaches el Norte de México, todo el mundo sabía que los líderes de la empresa eran sureños deseosos de convertir a Sonora en territorio esclavista.

El general Hitchcock frustró, de nuevo, sus planes cuando mandó un pelotón al muelle, se incautó del *Arrow* y decomisó los pertrechos a bordo. Walker y sus amigos trataron aprisa de recobrarlos, entablando demanda judicial contral Hitchcock por \$30,000 en daños. Pero pasaron los días en trámites judiciales sin que los filibusteros pudieran recobrar posesión del barco o las armas, a pesar de la concertación de esfuerzos de jueces y políticos influyentes. Ni los argumentos en privado de los senadores William M. Gwin y Henry A. Crabb, ni los autos de la Corte Superior hicieron ceder al general. Hitchcock estaba dispuesto a renunciar antes que ceder. Aunque casi nadie lo acuerpaba en la comunidad en su oposición a la expedición, él sabía que hacía lo correcto “y eso es suficiente para mí”. Sin embargo, cuando el 17 de octubre anotó esa frase en su diario íntimo, ya era irrelevante el problema del *Arrow*: la expedición de Walker había partido de San Francisco ese mismo día a la una de la mañana en la barca *Caroline*.

La *Caroline* traficaba la ruta entre San Francisco y Guaymas. Walker contrató con su capitán, Howard A. Snow, para que lo llevara a razón de \$20 por cabeza, poniendo él las provisiones de su gente. La barca zarpó del muelle hacia Guaymas con pasajeros y carga como de costumbre; los filibusteros salieron en un vaporcito y se transbordaron en la bahía. Algunos casi cayeron al mar, de tan borrachos. Al amanecer, al toque de diana por el tambor, pasaron revista en cubierta: cuarenta y cinco aventureros en fila encabezada por el capitán John Chapman, (cuya esposa norteamericana se hallaba a bordo), bajo el mando de William Walker a quien dieron el título de Gobernador de Sonora. Llevaban veinticinco rifles, setenta fusiles, cien latas de pólvora y varios barrotes de plomo, además de

los dos cañoncitos del barco. En la *Caroline* iban también los pasajeros normales —ochenta y cinco mejicanos y alemanes, todos ajenos a cualquier designio hostil contra Sonora. Henry A. Crabb debería haber ido a bordo, pero a última hora cambió de parecer. Sin duda no vio posibilidades de éxito.

A Walker no le preocupaban las posibilidades, pues estaba seguro del triunfo. Al distribuir las armas a sus cuarenta y cinco “soldados” en el barco, los arengó: les dijo que el dieciséis de octubre sería una fecha memorable en los anales de las naciones civilizadas, y los incitó a combatir a los salvajes; los cuarenta y cinco respondieron con aplausos y vivas. Cuando varios días después la *Caroline* navegaba hacia la punta de la península de Baja California, ya el propio capitán Snow se había adherido a la expedición; Walker lo nombró Almirante de la Marina de su futura república.

Pero Walker sabía que era un suicidio invadir Sonora con tan escasa tropa, y por lo tanto decidió desembarcar en La Paz, capital de Baja California. El 3 de noviembre de 1853, la *Caroline* entró en la bahía desplegando la bandera mejicana, como de costumbre. Walker, Snow y Chapman bajaron en una lancha a saludar al Gobernador, don Rafael Espinosa. Viendo que Espinosa no sospechaba nada y que la ciudad estaba indefensa, Walker enseguida desembarcó a su gente y en menos de media hora se apoderó de La Paz. Los filibusteros bajaron la bandera mejicana del asta frente a la Casa de Gobierno e izaron su propia bandera, fabricada en la barca por la señora Chapman: tres franjas horizontales, roja, blanca y roja, con dos estrellas doradas en la blanca, representando a “Sonora y Chihuahua independientes”. Cogieron al gobernador y se lo llevaron del cuello a bordo. Walker presto lanzó una proclama, anunciando que fundaba la nación de Baja California y declarándose su Presidente.

Nombró un gabinete completo de filibusteros, incluyendo Ministro de Relaciones Exteriores, Ministro de la Guerra, y, claro está, Ministro de la Marina, (el almirante Snow). Al día siguiente en la mañana reembarcó a toda prisa, llevándose a la *Caroline* los archivos mejicanos del gobierno y de la aduana, cuando supo que fuerzas del interior estaban a punto de atacarlo. Al mediodía llegó de Mazatlán el barco *Neptuno*, trayendo a bordo al coronel Clímaco Rebolledo, nuevo gobernador de Baja California que llegaba casualmente a sustituir a Espinosa. Walker se lo llevó y lo encerró junto con Espinosa en la *Caroline*. Por la tarde, los patriotas mejicanos atacaron a una cuadrilla de Walker que andaba en busca de leña, obligándolos a embarcarse bajo una lluvia de balas. Walker entonces bajó a tierra con cuarenta hombres y entabló pelea, avanzando entre cactus por

la maleza hasta una colina a kilómetro y medio de la costa. Al caer la noche se retiró. En esa “Batalla de La Paz”, la primera del filibustero, siete mejicanos y cuatro norteamericanos perdieron la vida y el presidente William Walker lució su otro Yo con el rango de coronel.

Echado de La Paz por los patriotas, Walker tomó rumbo a Cabo San Lucas, en la punta de la península, llevándose a su “gobierno” filibustero de Baja California en el barco y a los dos legítimos gobernadores mejicanos. Los pasajeros mejicanos y alemanes de la *Caroline* se quedaron en La Paz.

El 7 de noviembre Walker emitió un par de decretos en alta mar: uno, aboliendo los derechos aduaneros; y otro, declarando que su República de Baja California se regiría por las leyes de Louisiana. Siendo Louisiana un estado esclavista, Walker ágil introducía así la esclavitud en su dominio sin mencionar la palabra esclavitud; y eso cuando su “república” no era más que un fantasma portátil sobre las olas, sin una sola pulgada de tierra ni más derecho que el de conquista y usurpación. Prosiguiendo en dirección a San Diego, el 29 de noviembre Walker asentó sus reales e izó su bandera en una solitaria casa de adobes en la bahía de Ensenada, a cien kilómetros de la frontera con Estados Unidos. Se valió de la información obtenida de los dueños de la casa para planear sus siguientes pasos.

Envío una cuadrilla a conseguir bestias y aperos en una finca vecina, “pagando” con vales. Una vez montado, su Ministro de Relaciones Exteriores, Frederick Emory, prosiguió para San Diego, portando la documentación oficial de la nueva República de Baja California y una Proclama del Presidente Walker al pueblo norteamericano, explicando que había formado la nueva nación debido a que México no cumplía con sus “deberes” en la Península. Luego envió otra cuadrilla a La Grulla, un caserío treinta kilómetros al Sur de Ensenada, en busca del joven rebelde Antonio María Melendres, para que le diera a su “república” el indispensable elemento nativo que le faltaba. La cuadrilla no encontró a Melendres, quien se escondió de los norteamericanos y luego fue a Santo Tomás a informar de su presencia al coronel Francisco Javier del Castillo Negrete.

Castillo Negrete y Melendres juntaron la fuerza que pudieron —cincuenta y ocho hombres— y el 5 de diciembre atacaron a los filibusteros en Ensenada. Walker tenía treinta y cinco soldados aptos para empuñar armas en la casa de adobes. Los mejicanos les hundieron la única lancha de que disponían para comunicarse con la *Caroline*. En ese primer ataque los filibusteros sufrieron una docena de bajas; y, cuando Melendres la puso bajo sitio, la casa de adobes se convirtió en “Fuerte McKibben” en honor al teniente John McKibben, uno de los caídos.

El sitio continuó durante varios días. En tres ocasiones, Melendres le ofreció garantías a Walker para que se rindiera, pero Walker ni siquiera se dignó contestar los mensajes. Durante el sitio, la señora Chapman atendió a los enfermos y heridos, cargó y pasó armas a los hombres, y hasta ella misma disparó por las troneras. El almirante Snow, aislado de su barca, quedó hecho soldado raso. El contra-maestre de la *Caroline*, al ver a Walker sitiado por fuerzas superiores, se llevó el barco para entregarlo a su dueño en Guaymas tras liberar en el Cabo a los dos gobernadores que llevaba.

Tras sucesivos combates en los días subsiguientes, los filibusteros vieron levantarse el cerco el 14 de diciembre. De acuerdo a la versión publicada por la prensa en California, en dichos combates murieron veinte mejicanos y salieron heridos otros veinte, contra sólo un norteamericano herido. Sin recursos en la despoblada región Norte de Baja California, Castillo Negrete y Melendres no lograron reunir fuerzas para desalojar a Walker de Ensenada y no lo volvieron a atacar.

A los dos meses de haber zarpado los “Cuarenta y cinco inmortales” de San Francisco, la bandera de las dos estrellas ondeaba victoriosa en el Fuerte McKibben. La República de Baja California se asentaba en tierra firme, aunque su marina había desaparecido con la *Caroline* llevándose todas las provisiones y pertrechos militares, y su población entera sumaba apenas treinta hombres sanos, seis heridos y una mujer en una sola casa de adobes. Pero todos tenían plena confianza en el coronel Walker, quien había mostrado ser un líder valiente en los combates. Y todos confiaban en que la misión del Ministro de Relaciones Exteriores Frederick Emory a la hermana República del Norte, pronto daría frutos.

Cuando la *Caroline* había zarpado de San Francisco, Crabb y sus amigos optaron por olvidarse de Walker y no le enviaron refuerzos, pues era obvio que estaba condenado al fracaso. Mas al llegar Emory de Ensenada, el 7 de diciembre, las increíbles noticias que publicó la prensa produjeron un repentino auge de apoyo popular para Walker. En pocos días se organizaron doscientos hombres al mando de oficiales veteranos de la Guerra de México, reclutados y equipados abiertamente, sin interferencia alguna de parte de las autoridades. Watkins compró un velero viejo de 235 toneladas, al que bautizó *Anita*, y en menos de una semana lo tuvo listo para zarpar con abundantes pertrechos y provisiones. El 13 de diciembre el remolcador sacó de la bahía al *Anita* que iba lleno de filibusteros, cada uno con su rifle, revólver y cuchillo, y todos borrachos. Al separarse, el remolcador rompió el casco del *Anita* y le dañó la cubierta. Soplabá una fuerte brisa que pronto se convirtió en ventarrón, y, como

nadie iba sobrio, no hubo quien sujetara los barriles y cajas sobre cubierta y todo cayó al mar. Cuando los refuerzos desembarcaron en Ensenada el 18 de diciembre, llegaron sin las provisiones y pertrechos necesarios.

Walker envió entonces sesenta y cinco hombres a Santo Tomás, que tomaron sin encontrar resistencia apoderándose del ganado, bestias y maíz que pudieron. Los pobladores huyeron, aterrorizados. El Anita regresó a San Francisco en busca de los pertrechos y provisiones que urgían y de más refuerzos. En Ensenada, la dieta monótona de carne con maíz y de maíz con carne produjo descontento y comenzaron a multiplicarse las deserciones. Walker aguardó con paciencia, confiado en que sus cofrades en San Francisco le enviarían lo necesario, incluyendo un vapor para invadir Sonora.

Por consiguiente, el 18 de enero de 1854 emitió cuatro decretos más, convirtiendo su República de Baja California en República de Sonora y definiendo su extensión para incluir ambas regiones. Dos días después sacó un “Mensaje al Ejército”, en el que les dijo a sus soldados que estaban en vísperas de cruzar el río Colorado para defender a un pueblo inerme de los ataques de salvajes despiadados. Y el 24 de enero, tras un “poderosísimo y excitante discurso a sus tropas”, les pidió que levantaran la mano derecha y le juraran “ante Dios Todopoderoso, lealtad incondicional en la felicidad y el infortunio hasta que plantara su bandera en las murallas de Sonora”. Casi todos levantaron la mano y le juraron lealtad, pero como cincuenta soldados rehusaron hacerlo. Entonces Walker, muy excitado, les dijo que estaban en libertad de regresar a California. El resultado fue que cuarenta y seis de ellos salieron a pie de Ensenada para San Diego, llevando cada uno el rifle al hombro y la ración de maíz cocido en la bolsa. Walker se quedó con 140 filibusteros leales.

Un grupo de los más impetuosos corrió a cargar de metralla un cañón, dispuestos a dispararlo sobre los que se iban, pero Walker lo prohibió. En vez de eso, se fue tras ellos con quince oficiales bien armados y al alcanzarlos en el camino les rogó que le dejaran sus rifles porque la tropa los necesitaba en su lucha contra los mejicanos. Sólo dos accedieron; los demás los escondieron en la maleza o los rompieron contra las rocas y prosiguieron su marcha hacia San Diego, de vuelta a los Estados Unidos y dejando a sus espaldas la quimérica República de Sonora con su presidente y coronel filibustero.

6. Repudio

EL AÑO 1853 fue el año de la Compra de Gadsden, mojón que señala el fin de una era en las relaciones de Estados Unidos con México. El “Territorio de Gadsden” fue la postrera porción de tierra que le quitó a México el Destino Manifiesto. Pero el terreno en sí era sólo un pedacito de todo lo que el Ministro de Guerra Jefferson Davis deseaba adquirir, y la expedición de Walker contra Sonora jugó un papel importante en la compra. Davis pretendía empujar la frontera internacional hasta la Sierra Madre en el centro y extenderla hacia el oriente y occidente de manera que Estados Unidos se quedara en su totalidad o en parte con Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Durango, Sonora y Baja California. En mayo de 1853, Davis escogió al general James Gadsden para enviarlo de ministro a negociar con México y le dio las instrucciones pertinentes a la compra de más de 300,000 kilómetros cuadrados de territorio.

Para obligar a México a vender, Davis reforzó las tropas en la frontera y envió al general John Garland a New Mexico, listo a romper las hostilidades en cualquier momento; colaborando, los funcionarios del gobierno del Presidente Franklin Pierce dieron luz verde a los filibusteros para invadir Sonora. En septiembre, cuando Walker preparaba en público su expedición en el *Arrow* con el apoyo del senador William M. Gwin y de los funcionarios federales en San Francisco, había dos barcos de guerra en el puerto: la fragata *St. Lawrence* y la corbeta *Portsmouth*. Ambos partieron veloces, el uno hacia Chile y el otro hacia Honolulu, dejándole convenientemente el camino abierto a Walker para invadir México por mar. Pero el general Hitchcock, sin consultar a nadie, se apoderó del *Arrow*, arruinándole a Davis los planes de agregarle tres o cuatro estados esclavistas a la Unión. Cuando Davis supo lo que había hecho Hitchcock, lo destituyó del puesto; y cuando Hitchcock solicitó permiso de regresar a Nueva York vía el Lejano Oriente, Davis, enfadado, tajante, le dijo que no.

Cuando Gadsden presentó sus credenciales al Presidente Santa Anna el 17 de agosto de 1853, el Ministro de Relaciones Exteriores de México inició las conversaciones con el enviado relatándole la reciente “visita” de Walker a Guaymas y los informes acerca de la expedición que preparaba en California contra Sonora. Gadsden de inmediato escribió a los funcionarios federales en San Francisco —sus cofrades esclavistas que colaboraban en la empresa de Walker— advirtiéndoles que “los habían denunciado y estaban siendo vigilados”.

Al negarse Santa Anna a vender lo que Gadsden quería, éste trató de convencerlo de que los filibusteros triunfarían, tarde o temprano, y que por lo tanto a México le convenía vender los extensos territorios en el Norte del país, que de todos modos iba a perder. Santa Anna se rio de la amenaza, pues ya entonces sabía que el general Hitchcock había reducido los grandiosos planes filibusteros a un puñado de merodeadores en un mísero velero. Entonces Gadsden se vio obligado a limitar su propuesta a una tajada mínima de territorio: 46,000 kilómetros cuadrados en el Norte de Sonora y Chihuahua, que Estados Unidos consideraba indispensable para el ferrocarril al Pacífico; y le advirtió a Santa Anna que, si rehusaba vender, Estados Unidos la tomaría por la fuerza.

Santa Anna aceptó de mala gana la propuesta de Gadsden, se ultimaron los detalles, y el 30 de diciembre de 1853 se firmó la venta. Gadsden llegó a Nueva Orleans con el documento el 12 de enero de 1854 y dos días después se recibieron en Washington sus despachos confirmando las noticias sobre la firma del tratado. El 18 de enero, el Presidente Pierce lanzó una "Importante Proclama" a la nación, denunciando que la expedición de Walker era "criminal", exhortando a los buenos ciudadanos a que impidieran y frustraran tales empresas criminales y ordenando a las autoridades "civiles y militares que arrestaran a dichos delincuentes para juzgarlos y castigarlos".

La fecha de la proclama confirma sin lugar a dudas la complicidad de la administración Pierce con la empresa "criminal" de Walker. Desde el 17 de mayo de 1853, el Ministro de Relaciones Exteriores de México había informado al gobierno norteamericano acerca de la expedición filibustera que estaban organizando en San Francisco contra Sonora. Washington no hizo nada para impedirla. En los meses subsiguientes, múltiples despachos mantuvieron informado al gabinete de Pierce sobre el desarrollo de la expedición, sin producirse reacción alguna. Pero en cuanto se recibió en Washington la noticia de que el general Gadsden había llegado a Nueva Orleans con su tratado, el Presidente Pierce lanzó su proclama contra Walker. Los hechos indican que a Walker se le permitió proseguir con impunidad para presionar así a México a que vendiera territorio. Una vez completada la venta, se descartó y repudió a Walker al instante. Y para entonces la fortuna le era tan adversa que no costaba nada desecharlo.

* * *

A RAÍZ DE ZARPAR el *Anita* en diciembre, el diario *Alta* publicó en San Francisco una serie de artículos descubriendo con detalles la

conspiración esclavista tras la expedición de Walker, volcando con ello en su contra la opinión pública californiana. Ya desde antes él había perdido el apoyo financiero de sus cofrades esclavistas que, al verlo sin posibilidades de éxito, lo abandonaron. De mediados de diciembre a finales de enero, sus agentes recorrieron los distritos mineros de California en busca de refuerzos y recursos, pero en vano. El Presidente Pierce mató la empresa filibustera de Walker después de que ésta había fallecido de muerte natural. Los mismos funcionarios federales que sirvieron de parteros al inicio de la expedición, se convirtieron en sepultureros al final, contratando en San Francisco al vapor *Columbus* para mandarlo a Ensenada junto con la corbeta *Portsmouth*. A su arribo el 9 de febrero, la corbeta bloqueó la bahía y el vapor evacuó los enfermos y heridos del campamento de Walker.

Entonces se constató la carencia increíble en el asqueroso “hospital militar” de Walker en Ensenada. Por negligencia de alguien o por las peripecias de la campaña, en el Fuerte McKibben no había un solo instrumento quirúrgico. En consecuencia, el cirujano se las tuvo que arreglar afilando el mango de un cubo con el que tenía heridas, extrajo balas y hasta sacó muelas. En el botiquín sólo había ruibarbo y calomel. Uno de los heridos, el teniente coronel Charles H. Gilman, se había consumido hasta quedar hecho un esqueleto, con una pierna horriblemente inflamada y gangrenada. Tenía ochenta y cuatro días de estar tendido ahí, a pocos metros de distancia del cuarto de Walker, pero éste sólo lo había visitado tres veces en todo ese tiempo.

Bloqueado por el *Portsmouth* en Ensenada, Walker se fue hacia el Sur en espera del vapor y refuerzos para la invasión a Sonora. Viajó con su República entera —unos montados, otros a pie— bandera, bueyes, vacas, ovejas y artillería (los dos cañoncitos de la *Caroline*). El 21 de febrero, en San Vicente, lanzó otra proclama, ordenando a los habitantes de la región que se reunieran en su campamento dentro de cinco días, bajo pena de fuerte castigo para quienes no se presentaran. Don Manuel Fernández de Córdova, condeño de la casa de adobes de Ensenada, iba de agente, espía e intérprete de Walker. Don Manuel le llevó una carta de Walker a Melendres, quien se encontraba cerca de San Vicente con unos cuantos adeptos. Walker le garantizó la vida y bienes a Melendres y le ofreció nombrarlo Gobernador de Baja California, si se presentaba en San Vicente. Melendres rehusó.

El 28, tras otra amenazante proclama presidencial y considerables esfuerzos para reunir a los aterrorizados habitantes, Walker celebró una “Convención” en San Vicente. Colocaron una mesa en medio de un patio cercado de filibusteros en los cuatro costados.

Frente a la mesa cruzaron en forma de arco dos banderas de la “República”. A un lado se paró Walker con su Estado Mayor y al otro los “magistrados de la Corte Suprema” con un intérprete. En ese corral acordonado por 120 bayonetas, encerraron a treinta y seis mejicanos. Walker pasó lista de los presentes y les echó un discurso que concluyó diciendo: “Y os ordeno que juréis lealtad a esta bandera. Os lo manda vuestro Presidente de la República”.

Ocho indios prestaron el juramento, hicieron la señal de la cruz, le besaron la mano a Su Excelencia y quedaron inscritos como súbditos leales. A veintiocho que se negaron a hacerlo se les dejó aparte y Walker les echó otro discurso. Les hizo ver que él tenía en sus manos sus vidas y bienes, y que él trataba a los rebeldes como enemigos. El efecto de sus palabras fue mágico, ya que todos prestaron el juramento al instante. Al día siguiente, Walker los obligó a firmar un documento dirigido a su persona y redactado por él mismo, en el cual los mejicanos “ratificaron” lo actuado el día anterior. La respuesta del benignísimo Presidente de la República no se hizo esperar, agradeciéndoles a sus súbditos su devoción y lealtad y asegurándoles que todos sus derechos serían respetados.

La realidad es que los filibusteros de Walker ya se habían apoderado a la fuerza de todas las provisiones que pudieron. Casi todo el ganado de la región había desaparecido o estaba en manos de Walker. Gran parte de la población andaba en el exilio; alrededor de cien personas habían escapado a pie, desvalidas, hasta San Diego. Pero con la jura de San Vicente Walker sometió a consejo de guerra a cinco filibusteros que planeaban desertar y, según se dijo, pasar robando ganado en las fincas de la frontera. Uno recibió sentencia de veinticinco latigazos, otro de cincuenta y dos recibieron la pena de muerte; los ejecutaron el 3 de marzo. El quinto salió libre debido a que era muy buen vaquero.

Fernández y Emory enseguida partieron para Alta California en misión oficial. En San Francisco, el vice-presidente Watkins no había conseguido el vapor que urgía en su República de Sonora. En un acto final de desesperación, envió todos los reclutas que pudo —sesenta aventureros— en el *Anita*, al que rebautizó *Petrita* y puso bajo bandera chilena para despistar. El *Petrita* no pudo comunicarse con Walker, debido al bloqueo de Ensenada por el *Portsmouth*, y continuó para Guaymas. A su arribo, el 4 de marzo, los filibusteros pretendieron pasar como pacíficos colonos, mas las autoridades pronto descubrieron su identidad y los apresaron. Ahí terminó la gestión de Watkins para Walker. El 23 de febrero lo arrestaron en San Francisco, conforme lo dispuesto por el Presidente Pierce; a Emory y Fernández los apresaron en San Diego el 8 de marzo y los

enviaron a San Francisco para juzgarlos por violar la ley de neutralidad. Así las autoridades “desbarataron” la “empresa criminal” de Walker seis meses tarde —se lavaron las manos enterrando el cadáver.

A mediados de marzo de 1854, la “República de Sonora” agonizaba en San Vicente. Gran parte de sus habitantes andaban en el exilio; sus arcas seguían vacías; su ejército, reducido por las deserciones a 120 efectivos; el Vice Presidente, el Ministro de Relaciones Exteriores y otros funcionarios estaban tras las rejas en San Francisco; la flota enemiga bloqueaba su puerto; fuerzas expedicionarias mejicanas se aprestaban a asestar el golpe de gracia; y Antonio María Melendres con su banda de “rebeldes” acechaba en los alrededores, esperando, paciente, el momento oportuno para entrar en acción. Mas el Presidente William Walker no estaba pensando en rendirse ni retirarse. Al contrario, el 20 de marzo, a la cabeza de noventa hombres, partió de San Vicente a la conquista de Sonora, tras elaborar los planes y emitir las órdenes pertinentes para la campaña en que culminaría victorioso izando su bandera en las murallas de Guaymas. En San Vicente quedaron veinte hombres al mando del Dr. Joseph W. Smith, Ministro del Interior y Exterior, además de Comandante de la Frontera Septentrional. Pero en cuanto Walker se perdió de vista, Smith y sus soldados se rindieron a Melendres.

En la marcha de San Vicente al río Colorado, Walker cubrió una distancia de 200 kilómetros. El ministro de la guerra, el almirante, el cirujano en jefe del ejército y otros oficiales acompañaron a su excelencia el Presidente, comandante-en-jefe William Walker. Un edecán llevó el registro oficial de los acontecimientos. El carretero se encargó de transportar el cuerpo de artillería —ya sólo un cañoncito— y el intendente del ejército arreó las cien cabezas de ganado que constituían las vituallas de la nación. Nadie se encargó de la tesorería, simplemente porque no había.

A finales de marzo, Walker llegó al Colorado y se dirigió al embarcadero donde atracaban las embarcaciones que llegaban del golfo. Esperaba encontrar al *Petrita* y al vapor con refuerzos de California para proseguir por mar a la Isla Tiburón, como 160 kilómetros al Norte de Guaymas, que sería su base de operaciones contra Sonora. Pasó varios días en el embarcadero, esperando contra toda esperanza, sin que apareciera ninguna nave. Había llegado al fin de la línea. Tenía enfrente a la Tierra Prometida, al otro lado del río Colorado, ancho y hondo. Pero el abismo que lo separaba de su soñado “futuro” era aún más ancho y más hondo, porque su “República de Sonora” ya había muerto.

Los “soldados de Sonora” con sus andrajos parecían espanta-

pájaros, pues no se habían mudado de ropa desde el arribo a Baja California. Walker mismo no iba mejor vestido que el resto; calzaba una bota y un fragmento de bota. El ganado iba tan flaco que no pudo cruzar el río a nado. El rancho de la tropa consistía en un pedazo de carne magra y nada más. Disgustados, exhaustos, famélicos y casi desnudos, más de cincuenta desertaron ahí mismo y se fueron río arriba a Fort Yuma, camino a San Diego y Los Ángeles. Treinta y ocho se quedaron con Walker, reduciendo los restos de la República de Sonora a su persona, un ministro, un almirante, el cirujano, el carretero, un mayor, tres capitanes, cinco tenientes, cuatro sargentos, dos cabos y diecinueve rasos. El 6 de abril iniciaron el viaje de retorno a San Vicente, en ruta a San Diego.

En la hacienda La Calentura, el 13 de abril, dos filibusteros quedaron muertos en una primera escaramuza con Melendres. El 19 en la noche, Walker al frente de un pelotón tomó de sorpresa Santo Tomás, matando a dos mejicanos e hiriendo a varios. Habiendo recibido refuerzos el 26, Melendres envió un mensaje a Walker, ofreciéndoles a él y su gente vía libre hasta California a cambio de la rendición. Walker leyó la propuesta y respondió pisoteándola y sacando a patadas al mensajero.

Melendres atacó esa misma tarde, pero se retiró después de tres horas de combate en el que tuvo la suerte de sufrir sólo tres muertos ya que, a corta distancia, los filibusteros disparaban doce balas de revólver por cada una de los fusiles mejicanos. Walker enseguida prosiguió hacia la frontera, con Melendres persiguiéndolo de cerca y hostigándolo cada vez que podía. El sábado 6 de mayo, Walker acampó en la hacienda La Tíajuana, cuatro kilómetros al Sur de la línea fronteriza. Melendres se situó en una colina aledaña, a doscientos metros de la raya, dominando el camino a San Diego.

El lunes 8 de mayo (el día en que cumplía treinta años), Walker marchó de La Tíajuana a la frontera, donde se congregaron en la raya numerosos vecinos de San Diego a presenciar el combate. Al acercarse a la colina, los filibusteros la subieron al trote, dando alaridos, y Melendres los dejó pasar, retirando su tropa hacia el Sur a galope tendido, sin disparar un tiro. Walker detuvo su ejército —los treinta y tres hombres que le quedaban— en territorio mejicano frente al monumento fronterizo, cruzó solo la línea y se rindió a dos oficiales del ejército norteamericano.

En total, menos de 300 hombres acompañaron a Walker en Baja California. Por lo menos veintitrés perdieron la vida y otros tantos salieron heridos. Las bajas mejicanas se desconocen, pero se presume que fueron mayores. Según el juicio de un coetáneo, la conducta de Walker en la península creó un antagonismo generali-

zado contra Estados Unidos; produjo pérdidas económicas a los invasores; causó ruina en la región; dejó en la miseria a algunas familias; y, en vista del resultado, quedaron en ridículo y en vergüenza los gestores de una expedición tan mal hecha.

Cuando el 15 de mayo Walker y sus filibusteros regresaron a San Francisco en el vapor de San Diego, no hubo banda de música en el muelle ni alabanzas en la prensa. En el *Herald*, su amigo Nugent simplemente publicó los detalles de la rendición sin comentario. El *Alta* señaló que se había reventado el globo de la gran república de Sonora, con todos sus pecados de esclavitud, asesinatos y robos; que, tras meses de penalidades, fatigas, carencias y sufrimientos, los restos del ejército de la República habían retornado a su lugar de origen arrastrando las banderas en el polvo; y expresó la esperanza de que dicha historia de locura, crimen y dolor frenara en el futuro el temerario espíritu del filibusterismo.

A Walker se lo enjuició en San Francisco por violación de las leyes de neutralidad. El juicio fue en octubre; Crabb y Snow declararon como testigos de cargo; Edmund Randolph actuó como abogado defensor, pero Walker también dijo un largo discurso en defensa propia; el jurado deliberó ocho minutos exactos, y lo absolvió.

Al regreso de Baja California, Walker se ganó de nuevo la vida como periodista y se metió de lleno en política. A principios de junio de 1854 comenzó a trabajar para el cacique demócrata David Broderick, quien primero lo encargó de la página editorial del *Democratic State Journal* en Sacramento; pero enseguida lo puso a dirigir el *Commercial Advertiser* en San Francisco y en octubre lo mandó de vuelta a Sacramento, de director del *Journal*. La única meta de Broderick en la vida era la de sentarse en un escaño de la cámara del senado en el Capitolio de Washington, en cuya construcción su padre había trabajado labrando piedras. En 1854, cuando Broderick lanzaba su campaña para reemplazar al senador Gwin, el periodista William Walker le fue muy útil. Desde el primer día hasta el último en el *Advertiser* y el *Journal*, Walker implacable atacó a Gwin y su facción esclavista —los “architraidores” que lo abandonaron en Baja California y enviaron a la marina a bloquear Ensenada.